



● “Octalides Ortiz Nevado es la última alfarera del pueblo y sus recuerdos están cargados de una melancolía contagiosa”.

CRÓNICA



» Texto y Fotos: DAVID LARA RAMOS

*Nadie sabe quién será encerrado en aquel ataúd que se sucede por otros, pues los muertos repentinos lo van requiriendo. David Lara cuenta las vicisitudes de un cajón de tolú que despierta curiosidad en San Martín de Loba.*

# El cajón que espera su muerto

Hay dos personas en San Martín de Loba que mantienen dos tradiciones amenazadas “por las cosas modernas”, como aseguran. Viven juntos hace más de 60 años, y son conscientes de que cuando mueran no habrá herederos de aquello que han preservado.

Octalides Ortiz Nevado es la última alfarera del pueblo y sus recuerdos están cargados de una melancolía contagiosa:

*“Esto lo aprendí cuando era joven, de la voz de mi suegra que era también alfarera. Aquí a este arte le llaman ‘hacer loza’, y se vendía por toda la región. Los hombres las iban a vender por los pueblos del río, hasta llegar al pueblo de El Banco. Los más atrevidos se iban por ahí mismo hasta el mercado de Barranquilla”.*

Ortiz tiene arrumadas en un rincón de su casa, tinajas para agua, cucharas para fundir oro, tapas de calderos, platos de diversos tamaños, y una especie de platón delgado, que la cantadora Martina Cargomargo llama moyo.

Con dulzura, como si fuera uno de sus cantos, Martina explica qué es un moyo: *“Esa costumbre se perdió, antes se usaba para hacer la yuca al vapor, no como ahora que le echan un poco de agua encima. Con el moyo, uno agarraba tres o cuatro palitos y los cruzaba en el fondo de la tinaja, y se hacía una ‘camita’, le echaba un poco de agua, y colocaba el moyo sobre los palitos. Arriba del moyo se ponía la yuca. La tinaja se ponía al fogón, y vea... esa yuca se cocinaba al vapor y quedaba sudadita, tiernecita... mmm... rica”.*

Octalides aprueba con una sonrisa mirando a Martina y un “Así es”, como quien encuentra una aliada que da valor a su arte. Guarda silencio y por su rostro parece pasar el recuerdo de un esplendor que ella, con voz suave y apagada, cuenta con la vista puesta en la distancia: *“Antes había un poco de señoras que hacían lozas, trabajábamos juntas y entre todas nos ayudábamos. Íbamos haciendo las ollas y las íbamos juntando hasta que llegaba el día de la quema, de hornearlas. Ese era el mejor momento, porque todas nos reuníamos, y los hombres iban a buscar la leña y hacíamos los hornos que armábamos en un lugar abierto, y ahí cada una iba poniendo sus lozas y nos poníamos a hablar hasta que todas sacaban sus trabajos listos”.*



**Octalides Ortiz vende cada olla con su moyo, por un precio que puede variar entre 10 mil y 40 mil pesos, según el tamaño. Ella tiene muy claro todo el procedimiento de elaboración de las vasijas, pero lo que más le asombra es que nadie se interese por aprenderlo”**

Octalides Ortiz vende cada olla con su moyo, por un precio que puede variar entre 10 mil y 40 mil pesos, según el tamaño. Ella tiene muy claro todo el procedimiento de elaboración de las vasijas, pero lo que más le asombra es que nadie se interese por aprenderlo. *“Yo le he dicho a mi nieta Laury Paola que aprenda la alfarería, pero ella ni me para bola (atención), la juventud quiere otras cosas”.*

Con una bola de barro en sus manos, y con una serenidad que cautiva, Octalides recuerda cómo su suegra Sabina Villaña, le enseñó, cuando era muy joven a hacer ollitas, platoncitos, tinajas, braceros de planchas de carbón, “las de antes”, dice como avergonzada. Un bracerero de carbón, cuenta Octalides, se necesitaba en los tiempos en que no había electricidad, era el soporte donde se colocaban las brasas para calentar la plancha.

Sin que se le haya preguntado, Octalides cuenta cómo se hace una ollita de barro: *“Uno coge este barro y lo pila en una tabla con un mazo de pilón, cuando termina, lo amasa bien que quede suave, y empieza a ponerlo en la parte donde va a trabajar,*



- Ortiz tiene arrumadas en un rincón de su casa, tinajas para agua, cucharas para fundir oro, tapas de calderos, platos de diversos tamaños, y una especie de plátón delgado, que la cantadora Martina Camargo llama moyo.

*ahí mezcla uno barro arenoso y el barro amasa'o, y lo aliña bien, que dice uno. Si necesita arena le echa de la más finita, que se cuela con un colador, y se empieza a armar las lozas. El barro tiene su punto, ni muy agua'o (blando) ni muy duro. Antes, cuando se vendía bastante, yo comenzaba a trabajar como a las dos... después de terminar con mis oficios y atender al compañero... y cuando daban las cinco, ya me había hecho cuatro tinajas de agua bien bonitas".*

Conversar con la señora Octalides es un ejercicio que convoca a la nostalgia. Su relato, con una voz fina y delicada, narra un pasado de esplendor que el tiempo fue acabando. "Ya uno no sabe si trabajar o no la loza, pero como yo no tengo nada que hacer, cojo mi barro y me pongo a hacer la ollita que se me ocurra, sin saber si va a venir alguien a preguntar por mi arte, con

*el que antes conseguía siempre una platica, ayuda para la casa, y ayuda también para mi compañero".*

Humberto Enríquez, es el compañero de Octalides, tiene 78 años, y el tono en que habla es tan bajo que no alcanza a silenciar el piar de los pollitos que recorren con libertad cada espacio de la casa. Sentado en una mecedora, mientras Octalides conversa con Martina Camargo, Humberto observa hacia la troja de un pequeño caney pegado a la cocina. Sigo esa mirada y descubro allí empotrado, un ataúd envuelto en bolsas de papel marrón. ¿Y eso? Pregunto con cierto tacto. Sin apartar su mirada de la troja, dice: "Es la caja de la familia, ese es para nosotros acá, para nuestro uso, en caso de necesidad".

Podría, con ligereza, pensar que es un hecho macabro; para Humberto, no es más que una forma de prevención que

- La historia del cajón de San Martín de Loba es epicentro de conversaciones entre familiares y pobladores de la región.



hará menos difíciles los momentos que siguen a la muerte. *“Vea, hace ya muchos años, una mañana, murió una señora aquí en el pueblo, y eran las seis de la tarde y nada que conseguían una caja. Eso es muy feo que usted esté muerto allí en una mesa tirado, con unas velas prendidas en cada punta... y dije enseguida, me voy a mandar a hacer mi ataúd, a mi gusto, y así lo hice”.*

De esa manera, Humberto Enríquez comenzó una tradición en San Martín de Loba, que ya ronda los sesenta años. Humberto lo dice con serenidad: *“Muerto, uno ya nos es nadie para seguir dando problemas a la gente que está viva, sería muy penoso para mí”.*

Octalides mira a su compañero, como pidiendo permiso, y cuenta que el cajón que Humberto mandó a hacer a finales de los años cincuenta y que costó sesenta pesos, no es el mismo que hoy descansa sobre la troja de su caney. *“Lo que pasó fue que la gente se dio cuenta que aquí había un*

*cajón, y cada vez que había un muerto lo venían a prestar”.*

Ni Humberto ni Octalides alcanzan a precisar cuántas veces ha entregado el cajón de la familia, pero sí pueden contar algunas historias de aquellos días penosos en que a media noche, o muy en la madrugada, tocaban a la puerta para contar su eventualidad y pedir prestado el ataúd. *“Me acuerdo la primera vez cuando murió el hijo del negro Prudencio, que murió jovencito, eso fue muy doloroso, porque bueno, saber que uno puede solucionar el problema y a veces la gente no tiene cómo responder, pero ahí se le ayudó”,* refiere Octalides.

Desde aquel primer préstamo, Humberto Enríquez puso sus condiciones. Porque no era solo reponer el ataúd, sino entregar uno idéntico al que él había mandado a hacer: *“Eso fue algo que yo siempre tuve en la mente, que si la gente venía a prestar la caja, se le entregaba solo si podía res-*

*ponder por él. La verdad es que yo vi sacar varios muertos del cementerio. Vea los enterraban como a tres metros bajo tierra, imagínese usted, y uno ahí pasa entre 10 y 15 años, y cuando lo iban a sacar, ahí no había nada, todo se había destruido, y el cuerpo también, entonces yo me dije, eso no me va a pasar a mí, voy a mandar a hacer un ataúd, de madera buena, y escogí la del tolú, que es un árbol fino, como es el cedro, o esa nueva que se llama teca, que la están sembrando ahora por la región. El tolú puede durar bajo la tierra años, sin que se dañe. Hablé enseguida con el carpintero Luis Centeno, que ya está bien viejo, más que yo, digo, y le puse las condiciones de mi cajón, y entonces, desde aquel día, Luis Centeno es el fiador de todos aquellos que llegan a prestar el cajón, y el responsable de traerme uno igualito. Si Luis Centeno dice que se lo entregue a tal familia, así lo hago, porque él es la garantía de que me va a reponer el cajón con la misma madera, para que cuando me desentierren el cuerpo mío esté bueno todavía”.*

Octalides vuelve a mirar a Humberto para contar que el ataúd tiene vidrios arriba y en los laterales por donde uno puede mirar el cuerpo, y adentro está cubierto de esponja forrada con satín blanco, del bueno. Son otras de las especificaciones que solo Luis Centeno, y parte esencial en la entrega del ataúd de Humberto. Si la familia del muerto, no logra arreglar el precio de construcción de un nuevo ataúd entonces la respuesta de Humberto será negativa, así la calamidad lo reclame con urgencia. *“Todo es muy sencillo vea, el que se compromete conmigo no es la familia del finado, es el carpintero”*, cuenta con serenidad Humberto Enríquez.

Cuenta Octalides que años atrás, el ataúd se bajaba y se prestaba con frecuencia, y Luis Centeno cumplía a cabalidad con su misión de negociar con la familia la pron-



**Conversar con la señora Octalides** es un ejercicio que convoca a la nostalgia. Su relato, con una voz fina y delicada, narra un pasado de esplendor que el tiempo fue acabando”

ta reposición.

Martina recuerda que hace ya 15 años, cuando murió su padre, el compositor de temas en aires de tambora como *las Olas de la mar, Digan diga, El playón de santa Rosa, La pluma*, entre otros, vinieron a negociar el cajón con Humberto, y él los mandó para donde el carpintero Luis Centeno.

Ella asegura que la costumbre de tener un cajón para la familia, se extendió a otras familias, como la del señor Manuel Hernández. Cuando ella era una niña, la enviaban a comprar aguacate donde la señora María Engracia, esposa de Manuel, y le daba mucho susto ver el cajón forrado a un costado de la sala de la casa: *“Eso a mí me daba mucho miedo, porque a uno de niña le meten miedo con los muertos, y cuando yo veía ese cajón no podía pasar de la sala. Yo llamaba a la señora María Engracia y le gritaba ‘un aguacate’, y ella me decía, sigue y cógelo que estoy en la cocina, le decía que no podía pasar, que tenía miedo, y entonces ella me decía ‘estoy ocupada en la cocina, pasa rápido’, y pegaba un carrerón (correr a toda prisa), agarraba un aguacate cualquiera y me devolvía con las mismas”.*

Aquel recuerdo de niña de Martina Ca-

margo la ha hecho volver a unos viejos cantos fúnebres que ella conoció como danza de Garabito, y que su tío Antonio le contó cómo se hacía: *“Se armaba una cuadrilla de hombres que iba pisando la tierra que echaban en el hueco, y cantaban coplas al tiempo que iban pisando. Por eso también se conoce como ‘El pisao’ y cantaban todo aquello malo que el muerto había hecho”*.

Martina, con esa risa desbordante que la caracteriza, improvisa unos versos, y mueve los pies como si estuviera pisando la tierra: *De aquí no te salís David Lara/ recuerda la vaca robá (robada)/ ya ni vas a regresar/ y más nunca joderás/ bien muertecito que estás//*.

La risa de Martina es tan intensa y estridente que ha logrado contagiar con su bellaquería a la señora Octalides, quien no había mostrado su apacible sonrisa. Lo mismo le ha sucedido a Humberto, quien luego de calmar su risa, vuelve a hablar en el mismo tono bajo, que en ocasiones dificulta su escucha. *“Eso que dice Martina es verdad, pero eso ya no se hace, son costumbres de los pueblos que cambian cuando llegan otras cosas, como por ejemplo, ahora la gente se inscribe en la funeraria, y ahí le ponen el cajón, eso sí, un cajón malo, con una madera que apenas coge tierra se va desboronando, imagínese usted lo que sufre ese cuerpo ahí enterra’o”*.

*“Eso ni se sabe”*, dice Octalides, esta vez sin mirar a Humberto. *“Porque los dos estamos en el programa de la funeraria del pueblo, por eso aquí no se sabe quién va a coger el cajón de tolú”*. Humberto la mira con ternura, como si estuviera solo con ella, y le habla con la calidez de dos seres que se han amado toda la vida: *“No mujer, sí se*

*sabe, aquí el primero que se muera coge el cajón de tolú, y el que quede vivo, manda a hacer uno igualito al que está allá arriba, y ahí se acaba todo mujer”*. Octalides parece avergonzada por su dicho, y solo alcanza a decir un *“Pues sí”*, dulce, sensato y obediente.

La tarde, en la casa de Octalides Ortiz y Humberto Enríquez comienza a anunciarse con un sol ambarino que atraviesa la cerca que divide la cocina. Martina anuncia que es hora de ir preparándose para el concurso de la canción inédita que será esta noche y que es mejor cerrar la visita y buscar el camino hacia la tarima del Festival.

De regreso a la calle Bolívar, Martina comenta que fuimos testigos de un pacto entre dos, que solo uno de ellos deberá cumplir. Está muy claro también, eso dice Martina, que con la muerte de ambos desaparecerán dos tradiciones que, en estos momentos, ya se han quedado sin herederos.

**David Lara Ramos** es Comunicador social periodista de la Universidad Autónoma del Caribe y abogado de la Universidad de Cartagena. Especialista de la Universidad San Buenaventura, en convenio con la Universidad de Pavía, en Italia. Productor de televisión y medios audiovisuales de la Universidad del Norte. Magister en Cultura y Desarrollo de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Trabajó en el diario *El Universal*. Premio Ernesto Mc Causland de periodismo, a la mejor crónica del carnaval en 2012. Es autor del libro *Pasa la voz, queda la palabra* (2011).